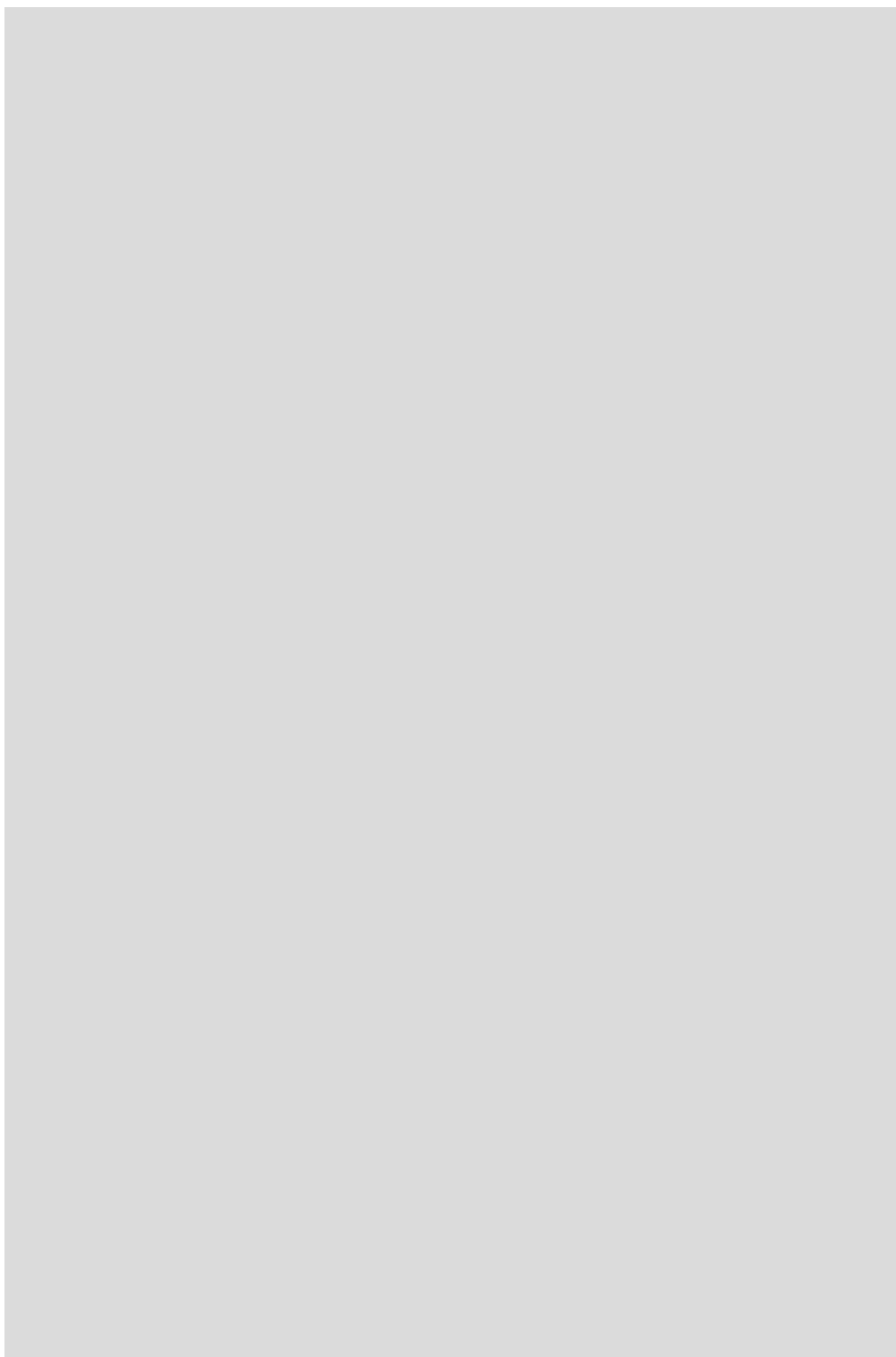


AZARES Y VOLUNTADES

miguel ángel herrero salvador



Capítulo 1

AZARES Y VOLUNTADES

Enfrenté su mirada huidiza y ojerosa sólo un instante al salir de una de las céntricas estaciones de metro de la capital, pero fue suficiente. Luego, producto aún de la impresión, me quedé observándolo a escasos metros, cerca de la esquina, confiado en que él, al lado de una chica con peto y gorra azules que repartía un periódico gratuito, no me reconociera mientras seguía ofreciendo a la gente, como un autómatas, sus prospectos publicitarios. ¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que había visto a Teófilo Cantalejo? ¿Veinticinco, treinta años? Iba con una zamarra verde oliva que le venía grande, al igual que el vaquero descolorido, y calzaba deportivas blancas, algo sucias. Evocaba su cuerpo grueso y de caderas anchas, casi monolítico, aunque ahora estaba más delgado, y la verruga amarronada en el pómulo derecho de su rostro macilento, prematuramente arrugado, era más grande. Una barba de pocos días, rala, entrecana, y el pelo grisáceo y escaso por encima de la frente despejada envejecían aún más su aspecto.

¡Teo Cantalejo! Compartí con él en el instituto los tres años de bachillerato y el COU. ¡Dios, qué alumno más brillante! ¡Menuda lumbrera! Lo tuve de compañero en alguna que otra evaluación durante esos cursos, y su capacidad intelectual siempre me dejaba pasmado. Con su cabeza privilegiada, obtenía sin esfuerzo aparente, contra la corriente de grisura general, ristras de sobresalientes y matrículas de honor; y tampoco era un bicho raro, porque cuando estaba en su mano ayudarte lo hacía de mil amores, con eficacia y discreción, aleccionando pero sin fardar. Su inteligencia era tan apabullante que llegó al colmo de enmendar a los profesores en más de una ocasión. ¡Alucinábamos con Teo Cantalejo!

Por aquel entonces, con quince, dieciséis años, a Teo debían de chocarle nuestras conversaciones, puras fruslerías centradas casi exclusivamente en el sexo (y ahí entraban tanto las chicas que nos ponían como el continuo trapicheo de revistas porno y nuestros distintos grados de masturbación) los deportes y las películas ochenteras de acción, a cual más infame, mientras él en su tiempo libre lideraba el equipo de ajedrez del instituto o leía a Borges, a Kafka, a William Faulkner, un apellido, el del Nobel de literatura norteamericano, que a mí me remitía al *sheriff* o al

pistolero de un wéstern.

Y es que a Teo lo mismo le daba la Química que la Filosofía, la Historia que las Matemáticas o el Inglés. Humanidades o Ciencias, descollaba en todas las disciplinas (bueno, en Educación Física, antaño gimnasia, sus prestaciones bajaban un poco). Una vez estaba yo presente cuando escuché a nuestro jefe de estudios decirle, medio en serio medio en broma, que como contaba con la facultad de poder estudiar lo que le diera la gana (lo que hoy en día se llamaría un superdotado), que por favor la aprovechase, pues él estaba convencido de que cualquier reto que se propusiera lo sacaría adelante, pero insistió en que no dejara nunca de estudiar.

¿Entonces cómo demonios alguien como Teo Cantalejo había acabado repartiendo por la calle prospectos de una conocida cadena de restaurantes? Se lo dije a mi mujer, que me había notado meditabundo durante algunos días. No podía borrar de mi mente la imagen de Teo repartiendo propaganda con cuarenta y muchos años. “Y a ti qué más te da, ni siquiera era tu amigo”. En efecto, nunca habíamos tenido esa consideración, pero en lo que había visto aquella mañana había algo que contravenía cualquier lógica verosímil. Era como encontrarte con un diamante sobre un montón de estiércol, como si el universo más mundano me estuviese mostrando una falla incomprensible. Porque a diferencia de la gran mayoría de nosotros, el porvenir de Teo no admitía interrogantes ni oscilaciones, se le vaticinaba sin discusión un futuro próspero, rutilante, cuajado de proyectos exitosos, de reconocimiento. No sólo yo, todo el mundo se lo imaginaba en pocos años dirigiendo una empresa, o al frente de un departamento de investigación, o catedrático universitario.

Contacté un día con uno de los pocos amigos que conservaba de mi época del instituto y que volvía a vivir en nuestra ciudad natal después de haber residido unos años en el extranjero. Le referí cómo me había dado de bruces con Cantalejo. ¿Teo Cantalejo repartiendo propaganda en la calle? ¿Nuestro Teo Cantalejo?... No, no podía ser. ¿Seguro que era él?... Mi amigo sólo estuvo con nosotros los dos primeros años de bachillerato, pero lo recordaba perfectamente; luego él se fue por la rama de las letras puras mientras que Teo y yo seguimos el camino de las ciencias. Como a mí, no le cuadraba en absoluto. No sé, me dijo, algo muy raro ha tenido que ocurrir. Si era cierto, como aseguraba mi amigo, que todas las personas somos el resultado de una unión de voluntades y de azares diversos, ¿qué era lo que había llevado a Teo hasta aquella boca de metro? Lo último que los dos habíamos conocido de Teo era que tras aprobar la selectividad con sobresaliente (si no recordaba mal fue la mejor nota de la provincia junto a la de una chica) se marchó a estudiar en un campus foráneo ingeniería aeroespacial o telecomunicaciones, o algo igual

de chungo. Desde entonces no lo había vuelto a ver.

Varias semanas después mi amigo me devolvió la llamada. Picado por la curiosidad tanto o más que yo, quizá llevado por su afición a las novelas de intriga y misterio, se había encargado de hacer sus propias indagaciones. Conocía a una amiga de su mujer, periodista, que había trabajado en los informativos de una cadena autonómica de nuestra comunidad en la década de los noventa. Ella fue quien le puso en conocimiento de un suceso crucial.

Poco después de la Semana Santa de 1995, Teo viajó a España para pasar unos días en la casa del pueblo de sus padres. Además de su madre (por esa fecha su padre ya había fallecido), Teo coincidió durante el fin de semana con su única hermana, seis años mayor que él, y con su marido, con el que había mantenido siempre una relación tirante, suavizada en parte desde que Teo se fue a continuar sus estudios, al tiempo que trabajaba, en la mejor universidad de Montreal. Había tratado poco a su cuñado, pero Teo nunca había congeniado con él, desde el principio le pareció un chulo, un balarrasa consentido y caprichoso (trabajaba en la fábrica de su padre, una conocida firma de embutidos regional). Los testimonios judiciales cuentan que aquel sábado por la noche al llegar a casa Teo encontró a su hermana llorando en la cama de su dormitorio, magullada e inmóvil después de que su marido le hubiese propinado una paliza tras una bronca monumental. No era la primera vez que le ponía la mano encima. Pero eso Teo no lo sabía. Las hostias y el desprecio de su cuñado hacia su hermana eran habituales en el domicilio conyugal desde hacía varios años. Había periodos mejores, pero volvía a las andadas tarde o temprano. Había llegado a amenazarla con arruinarle la vida si algún día se atrevía a denunciarle o a separarse de él. Pero eso Teo no lo sabía. Todo se lo habían ocultado. Aquella noche, pese a su insistencia, su hermana no quiso acudir al cuartel de la guardia civil del pueblo, tampoco a que la examinaran en el centro de salud. El miedo la superaba, el miedo la envolvía en un manto de irrealidad y parálisis. "Esto es horrible, hijo. No se acaba nunca". Aquella noche en la cocina Teo escuchó largo y tendido el desahogo de su madre. La escuchó en silencio, atónito, desolado, furioso.

A la mañana siguiente, hacia las once, aprovechando que se encontraba solo en la casa, Teo cogió la escopeta de caza del armario donde recordaba que su padre la ponía a buen recaudo. Marchó a la calle con el arma cargada, en parte oculta gracias al abrigo, en busca del marido de su hermana, sospechaba en qué local podía estar empalmando la fiesta. Era una mañana fresca, de cielo despejado y luminoso. No se cruzó con nadie, casi todo el mundo se encontraba en la iglesia. Teo aguardó unos minutos junto a un portal hasta que su cuñado salió tambaleándose del pub y sin mediar una palabra en mitad de la acera le descerrajó un tiro, por sorpresa, a quemarropa, en el pecho. Luego se personó en el cuartel de la guardia civil para contar con una serenidad de psicópata lo que

acababa de hacer. Detenido por homicidio voluntario, a comienzos de 1997 le sentenciaron a una porrada de años de cárcel. Como señalaron en el juicio, la voluntad de matar a su cuñado resultó mucho más poderosa que el hecho de que Teo Cantalejo tuviera un perfil totalmente opuesto al de un vengador impulsivo e inmisericorde. O, como argumentó su abogado defensor, las circunstancias especiales del caso se habían impuesto desgraciadamente al carácter natural del acusado.

¿Cómo no nos habíamos enterado?... Porque era otra época, según mi amigo. Era otra época, en efecto, con otras susceptibilidades y tolerancias sociales, donde la violencia contra las mujeres en el entorno familiar se silenciaba, no abría los informativos, las víctimas no contaban con un teléfono de ayuda, no se dictaban órdenes de alejamiento para los maltratadores; otra época, sí, donde a veces se hacía escarnio y humor de asuntos que hoy provocan escándalo e indignación general, pero que eran habituales en los medios de comunicación en el contexto de aquellos años.

Azar y voluntad, circunstancias y carácter: mi antiguo compañero Teo Cantalejo con el taco de prospectos en la mano...

Ha pasado ya un año desde que lo vi aquella mañana.